



AÑO II

← BARCELONA 22 DE ENERO DE 1883 →

NUM. 56



J. R. Wehle
79

X.A. PAAR

PINTOR DE IMAGENES, por J. R. Wehle

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por Pedro Bofill.—PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO, por P. G.—NUESTROS GRABADOS.—MORAL DE LA HISTORIA.—ACADEMIA TAURINA, por D. Eduardo de Palacio.—JUAN CIGARRON (conclusion), por D. Casto Vilar.—CRÓNICA CIENTÍFICA; *Distancias celestes*, I, por D. José Echegaray.—NOTICIAS VARIAS.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.

GRABADOS.—PINTOR DE IMÁGENES, por J. R. Wehle.—LACTANCIA BÁVARA, cuadro por Hans Herterich.—PENA DE EXPOSICION, cuadro por A. Fabrés.—UN ESTORNUDO INOPORTUNO, cuadro por R. Rossler.—Lámina suelta: EL EMPERADOR CARLOS V EN MARCHA HACIA EL MONASTERIO DE YUSTE, cuadro por H. Schneider.

REVISTA DE MADRID

Precocidad del año.—Avanzadas del Carnaval.—Estudiantinas y bailes de máscara.—El *Mochuelo*.—Adulaciones del espejo.—La *Buenafuente*.—Una niña en el barro.—Recuerdo á Bravo Murillo.—Muerte de Matilde Díez.

A semejanza de los personajes de teatro que por un descuido del traspunte salen ántes de tiempo á las tablas, el Carnaval, por condescendencia de los autores de almanaques, se nos encaja este año en la escena del mundo con anticipacion verdaderamente exagerada.

Yo he visto niños precoces; pero ninguno como el año 1883, que apenas entrado en la infancia, sin práctica de la vida, sin experiencia social ni humanitaria, intenta cambiar por un traje de arlequin sus vestiduras infantiles, y arrojar lejos de sí la chichonera para cubrirse la cabeza con un gorro de cascabeles.

Cupidillo quiere convertirse en Momo; las mejillas frescas y sonrosadas del recién nacido, se verán muy pronto tiznadas de hollin ó cubiertas de harina; y el Carnaval, bullicioso, desenfrenado, loco, extenderá por calles y plazas su ruidosa algarabía y sus multiformes disfraces.

Ya pasean todas las noches por Madrid, como avanzadas de la fiesta de Carnestolendas, varias estudiantinas alegres y retozonas; las tiendas de trajes exhiben sus géneros indumentarios, desde el sencillo dominó hasta el vestido á lo Luis XIV ó la diabólica vestimenta de Me-fistófeles; y en muchos escaparates asoman ya sus extravagantes facciones multitud de caretas, como si quisieran saludar al transeunte con un chillon y prematuro «¡te conozco!»

Hace días que se abrió la serie de bailes de máscaras, los cuales, atravesando por el tétrico miércoles de ceniza, han de ir á terminar sus compases en el domingo llamado de Piñata.

El teatro de la Comedia los inauguró como obsequio á sus abonados. La empresa dice á sus favorecedores al principio de la temporada:

Aquí no hay cuerpo de baile: hemos suprimido las piruetas nacionales; el bolero ya no está de moda; pero en cambio os ofrezco todos los años, poco ántes del Carnaval, unos cuantos bailes de máscaras llenos de aventuras y de peripecias.

También el teatro Real prepara sus acostumbradas fiestas de trajes, y ante la hermosa perspectiva de ese grandioso salon resplandeciente de luz y animado por el frenesí de la orgía, palpitan anticipadamente de entusiasmo los jóvenes primerizos que no han asistido nunca á una bacanal semejante, y que sueñan fantásticamente con hacer la conquista en la noche de baile de alguna princesa disfrazada de pastora ó de alguna soberana beldad encubierta bajo el antifaz de tafetan ó de raso.

¡Ay!... ¡se equivocan soberanamente esos entusiastas de la vida! Pero ¡es tan grato agitarse durante algun tiempo en medio de una atmósfera de pintorescas ilusiones y de infinitas quimeras!

Hasta ahora, los bailes de máscaras sólo habian engendrado males de estómago, por la intemperancia de las cenas, y un gran cansancio moral y físico al despertar del día siguiente.

Pero este año, unos jóvenes catalanes residentes en Madrid intentan poetizar los bailes de máscaras dándoles un interés artístico que no se borre tan fácilmente de la memoria de los que asistan á ellos.

La sala destinada para este objeto es la del teatro de *La Alhambra*, y ya campean en todos los aparatos de anuncios de Madrid los carteles de esas fiestas nocturnas con toda la novedad de lo desconocido.

En efecto, los iniciadores de los bailes que va á dar esa sociedad llamada *El Mochuelo* pretenden imprimírles un tinte de humorismo, y poner á contribucion para el mejor fin de su propósito á varios pintores y decoradores de Madrid que han de trasformar la sala en un paraíso de delicias.

Se ofrecen premios al traje más original, á la mujer más hermosa, y áun no sé si al hombre más ingenioso.

Fácil es de comprender que á estas horas todos los espejos de las damas elegantes de Madrid han celebrado íntimas conferencias con sus lindas poseedoras. Desde que la Luna mitológica, la cazadora Diana, ponderó las gracias y la belleza de su amante Endimion, las lunas de los espejos son maestras amantadas en el arte de adular á la beldad que se mira en ellas.

Así es que todos los cristales azogados de Madrid han dicho á las mujeres cuya hermosura reflejan:

—Tú llevarás el premio. No hay quien posea tu cutis fino y sedoso ni tus facciones capaces de enloquecer al mismo San Antonio. Tus rizos caen sobre tu frente y alrededor de tus ojos como las sombras de la profunda no-

che en torno de las rutilantes estrellas; en tu risueña boca hay rosas, corales, perlas y alientos de esencia embriagadora; no existe mejor nido de palabras de amor que la torneada escultura de tu oreja, y tu cimbreado talle da envidia á la misma palmera!

Estas alabanzas del espejo turban la imaginacion de nuestras damas elegantes.

Una de ellas, que, sobre ser un modelo de gentileza, siente en su pecho el entusiasmo por las obras literarias, me preguntó el otro día:

—¿Qué se entiende por humorismo? Porque yo deseo asistir á los bailes de la Alhambra, y quisiera presentarme de la manera más *humorística* posible.

—¡Mire usted! le contesté. Si no está usted muy reducida con los ingleses, coja las obras literarias de Sterne y de Dickens, estúdielas con detenimiento, empácese en ellas, y procure imitarlas...

¡Esa es una buena fuente de *humorismo*!

* *

Entre tanto, los corazones sensibles de Madrid se han conmovido estos días pronunciando el nombre de una mujer habitante en el barrio de Chamberí, Felipa Buenafuente, la cual siguiendo las expresivas indicaciones de un perro que aullando tristemente, escarbaba el barro aglomerado en medio de la calle, se encontró con una niña recién nacida y medio muerta de frio.

Un grito de reprobacion general se ha exhalado en contra de la inhumana madre; la *Sociedad protectora de los niños* ha implorado la caridad pública en favor de las tier-nas criaturas desheredadas; se ha pensado durante unos días en la miserable existencia de esos infantiles seres que todos hemos encontrado á altas horas de la noche, acur-cados en los huecos de algunas puertas, cuando, bien abrigados y haciendo la digestion de la cena que acabamos de tomar en el restaurant de moda, nos retiramos á nuestras casas en busca del agradable calor de la cama.

Tales accesos de filantropía, duran por desgracia, poco. Nada hay tan egoísta como el hombre satisfecho. Solemos pasar junto á las miserias más espantosas sin que una sola fibra de nuestra alma se conmueva, y á semejanza de aquellos que no se acuerdan de Santa Bárbara más que cuando truena, necesitamos para despertar nuestra conmiseracion que venga una Felipa Buenafuente á decirnos:

—Esta, niña abandonada cruelmente por su madre será de hoy en adelante hija mia. No me sobran los recursos, pero así y todo, la criaré, la educaré y será una hermanita de mis cinco hijos.

Cuando esto sucede, la humanidad toma por un momento aspiraciones de Arcadia. Poco despues todo se olvida,

y el mundo en tanto sin cesar navega por el piélagos inmenso del vacío.

La niña en cuestion ha sido bautizada con el nombre de María del Amparo; la *Sociedad protectora* vela por la conservacion de la infeliz criatura, y cuando esta haya crecido, y sostenga curiosa charla con sus compañeras de colegio, en averiguacion del misterio de su existencia, mientras las otras niñas digan:

—A mí me trajeron de Alemania!

—A mí me sacaron de entre unas rosas del jardín!

—A mí me encontraron debajo de una hoja de col!

María del Amparo podrá decir con verdad lastimosa:

—¡Pues á mí me sacaron del barro!

Y dirán las demás niñas abriendo desmesuradamente los ojos:

—¡Ay!... entonces como nuestro padre Adán, que según dice la profesora fué tambien creado por Dios con un poco de barro!

* *

Estos últimos días han estado las calles de Madrid llenas de chiquillos, digo, de lodo, (pues desde el caso antedicho me parece que de cada adoquin cubierto por una espesa capa de barro ha de brotar una cabecita rubia). ¡Dios mio!... ¡lo que ha llovido estos días!

Afortunadamente el cielo se ha serenado, brilla el sol en nuestro horizonte con esplendidez hermosa, y si por algo nos acordamos del agua no es más que para rendir un merecido tributo al insigne estadista que canalizó el Lozoya dotando á Madrid de abundantes y sabrosas aguas.

Hace tiempo que el Ayuntamiento habia encargado á un pintor el retrato al óleo de D. Juan Bravo Murillo. ¡Una acuarela habria estado más en carácter!

Y ahora, con motivo de haber trascurrido diez años desde la muerte de aquel ministro reformista, la opinion pública, la prensa y el Municipio se han acordado de que era una ingratitud que Madrid no hubiese erigido una estatua al que como Moisés hizo brotar las aguas.

Parece que de diez en diez años la memoria hace una feliz aparicion en la mente de los madrileños. A los nueve años y medio, si hubieseis preguntado á un habitante de Madrid sobre los méritos y servicios de Bravo Murillo, os hubiera tal vez contestado:

—No sé; pero ese señor debió ser una persona muy buena, puesto que á su nombre va siempre unido el aplauso; y así se dice ¡Bravo! Murillo, como se grita en la Plaza de Toros ¡Bravo! Lagartijo.

Pero á los diez años de la muerte, ¡ya es otra cosa!; y hoy con ese sistema de mnemotecnia decimal nadie ignora que el estadista en cuestion, si no ha dejado grandes

monumentos literarios de la Lengua española, hizo lo posible para que los madrileños no fuéramos por estas calles de Dios muertos de sed y con un palmo de lengua fuera de la boca.

* *

Mientras se estrenaba el mártir último en el teatro de la Zarzuela la opereta cómica titulada *Gileta de Narbona*, cuyo éxito no fué por cierto muy considerable, circuló entre los amantes del arte escénico de España una triste noticia: la muerte de la eminente actriz D.^a Matilde Díez.

Es ocioso recordar las relevantes cualidades de tan insigne artista. Durante su prolongada carrera todo el mundo la ha aplaudido.

¡Baja á la tumba cargada de laureles!

El *Teatro Español* suspendió su funcion en cuanto se supo la noticia de la muerte y decidió ostentar orla de luto en los carteles durante ocho días.

Matilde Díez habrá llamado al otro mundo diciendo:

—Yo soy una predilecta de la Gloria... He recibido siempre muchos aplausos del Paraíso... Vengo á representar entre los bienaventurados los *Autos sacramentales*.

¡Que preparen el teatro!

PEDRO BOFILL

Madrid 19 enero 1883

PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO

El *Eden Theatre*.—EXCELSIOR.—Un drama de Cátulo Mendes.—Una tragedia de Grangeneuve.—Academias.—Mejoras en la Biblioteca nacional.—Un nuevo papel.—Necrología.

El acontecimiento artístico de la quincena es la apertura del *Eden Theatre*.

En el mismo centro del Paris elegante, cerca de la Grande Opera, háse construido un edificio monumental destinado á la representacion de bailes de gran espectáculo y *Féeries* ó sean comedias de magia. El *Eden Theatre*, más que edificio europeo, parece un palacio de algun opulento Rajah de la India. Un pintor de imaginacion podría, inspirándose en él, abocetarnos el cuadro de la mansion encantada en que, según la leyenda, habitaba Krishna, el dios del amor de las llanuras que baña el Ganges.—La fachada es grandiosa é imponente; unos pórticos bajos con una sólida columna de granito, dan entrada al edificio por nueve puertas cuadradas. Una larga serie de balcones cuyas aberturas terminan en su parte superior en arcos orientales, dan luz al piso principal, luz que no llega al interior sino atravesando unas vidrieras de cristales de colores diferentes, pero armónicos; seis cartelas enormes en forma de cabeza de elefante sostienen la cornisa, encima de la cual se levanta el segundo piso de una magnífica filigrana; rematando el edificio con un fronton de la época *búdica* y dos puntiagudas torres laterales en forma de pagoda brahmánica.

Esto por lo que toca al exterior. El interior está por encima de todo lo que la imaginacion de un poeta oriental pueda concebir. Dos escaleras que se remontan formando graciosas curvas conducen al piso principal. Al primer golpe de vista parécete al espectador que está soñando una leyenda persa ó un pasaje del *Ramayana*. Un patio indio, un jardín tropical en medio del invierno, junto con todos los esplendores del arte oriental, espejos, luces que fulguran como soles, otras pálidas, blancas como rayos de luna, columnas de jaspe y de alabastro, paredes alicatadas, mosaicos, esmaltes, filigranas de oro que se destacan sobre fondos de púrpura, palmeras naturales, tapices de colores tan vivos como armónicos, divanes, mármoles, pinturas, relieves, en fin la imaginacion se pierde en medio de un torbellino de magnificencias.

El baile que se ha puesto en escena es la pantomima italiana de grande espectáculo titulada *Excelsior*. El asunto del baile es *la lucha y la victoria del progreso contra el oscurantismo*; el triunfo de la época actual con todos sus prodigios científicos, se presenta á los ojos del espectador atónito. Quinientas bailarinas y figurantes cruzan la escena con graciosos movimientos, tocando trompetas, sonando tamboriles y panderetas, agitando banderas y estandartes, ó iluminando la escena con faroles esféricos que llevan en la punta de largas picas. Luégo, las sombras de la noche con tupido velo hacen desaparecer de la vista del espectador absorto esta vision encantada, para reaparecer otros tantos cuadros de los triunfos del progreso humano y de las conquistas del siglo. Trenes rápidos que pasan por elevadísimos puentes de hierro, inmensos vapores trasatlánticos que surcan veloces los mares acortando las distancias entre el antiguo y el nuevo continente, campanas eléctricas en continuo repiqueteo—humo, máquinas, en fin, todos los prodigios de la industria, se nos aparecen simultáneamente, presentándonos en un cuadro á la vez real y fantástico, la síntesis del trabajo en nuestro último tercio de siglo. Luégo se presenta á la vista una fantasía en el desierto;—expediciones de soldados y de exploradores, que van á civilizar y á estudiar el antiguo Oriente; jinetes y peones atraviesan la escena, luchan, caen, ó desaparecen envueltos en el humo de los disparos de las armas mortíferas, y al disiparse este, cuando aún el estruendo resuena en los oídos de los espectadores, se sucede una serie de cuadros de una belleza indescriptible. Todos los mundos pasan por delante de nosotros como si los estuviéramos soñando; asistimos á mil invenciones; desde la prueba del primer buque de vapor, á la abolicion de la esclavitud, todos los ideales del humanitarismo se nos presentan rea-

lizados. Del antiguo continente se pasa al nuevo; y todos los pueblos desfilan abrazados y confundidos, representándolos una multitud de graciosas bailarinas, vestidas con los trajes nacionales de todos los países.

Uno de los cuadros es un verdadero homenaje á M. de Lesseps. El público exigió su repetición saludando con una estrepitosa salva de aplausos al ilustre autor del canal de Suez, que á la sazón se hallaba en la sala presenciando el espectáculo rodeado de su familia.

Diffícilmente podrán imaginarse nuestros lectores un espectáculo que impresione tanto á un público. Verdaderamente el *Eden Theatre* con sus espectáculos, es un verdadero Eden del arte.

* *

En el *Ambigu* se está representando *Las dos Madres enemigas*, drama debido á la pluma del conocido escritor Cátulo Mendes, yerno del célebre Teófilo Gautier. Su drama está sacado de una de sus mejores novelas. Sus tendencias son muy elevadas, pero se aleja demasiado de la realidad, tanto que muchas veces se descifra con dificultad su simbolismo y su estilo figurado. En ciertos momentos, á fuerza de sutilizar, llega á un culteranismo barroco inaceptable. Así dice un personaje á la mujer que adora:—*Tus ojos son un infierno que podría ser un cielo; ó al admirar las venas que se transparentan bajo de su piel:—Creerías que el azul de tus ojos se ha filtrado por tu epidermis.* Tal vez ha influido demasiado en él Víctor Hugo, al cual Cátulo Mendes adora. Víctor Hugo es uno de esos grandes hombres que no son susceptibles de imitación; tiene algo de Castelar, cuyos imitadores caen en el ridículo.—Su originalidad les impide formar escuela. De todas maneras la obra de Cátulo Mendes, salvo estos defectos de escuela, es notable por más de un concepto. Tiene situaciones francamente dramáticas, en las cuales rebosa la inspiración poética. Sus tendencias son elevadas, y la trama está en general bien llevada, demostrando en su autor un profundo conocimiento escénico.

* *

Amhra es la última tragedia que se ha presentado en el Odeon. Su autor, M. Grangeneuve, ha escogido la época en que los galos estaban en lucha con los romanos para defender su territorio. La acción es más patriótica que dramática, á veces es lenta, recargada de lirismos inútiles. El estilo es claro, pero laborioso y pobre, cuando no está lleno de clasicismos. El segundo acto, notable por lo fuerte y dramático de la situación, se parece extraordinariamente á uno de los personajes más notables de *El Alcalde de Zalamea* de nuestro gran Calderón. La palabra *Amhra* es un grito de guerra céltico, y toda la pieza se basa en él; el drama es simplemente un trabajo patriótico-militar, hecho expreso para levantar el espíritu bélico del pueblo francés. De todas maneras no deja de tener algunos trozos de verdadero mérito, más histórico que dramático. Lo que podemos elogiar sin reserva es la *mise en scène*, la cual nada deja que desear. El director del Odeon ha presentado la época en que la acción se desarrolla, con una propiedad verdaderamente arqueológica, lo mismo en trajes y armas, que en decoraciones. No hay duda que el aparato escénico cuando llega á esta altura es un potente medio de enseñanza histórica, pues el carácter de una época se comprende mucho mejor viéndola reproducida, que por medio de descripciones.

* *

La *Academia francesa* ha procedido á la provisión de los puestos que dejaban vacantes M. Ch. Blanc y M. de Champagny, siendo elegidos para reemplazarlos M. de Pailleron y M. de Mazade.

En la *Academia de Inscripciones y Bellas Letras*, monsieur Benoist ha leído un discurso sobre el tema asaz curioso, *de las interpolaciones que se ha creído reconocer en Horacio*. Hoy día van tomando importancia estos trabajos críticos, y gracias á ellos, podemos conocer lo que á cada autor y á cada época pertenece, diferenciándolo de lo que se le añadiera en épocas posteriores, en que no existía ese respeto á las obras y á la producción literaria que caracteriza al último tercio de nuestro siglo.

El gobierno de Francia ha hecho expropiar hace ya algún tiempo todos los inmuebles que circunvalan el edificio de la Biblioteca nacional, para agrandararlo y aislarlo. Gracias á los rápidos procedimientos de desamortización que aquí rigen, hoy día el derribo es un hecho. Diffícil nos sería dar una idea á nuestros lectores de las magníficas edificaciones que deben levantarse sobre este terreno. Va á construirse adjunto á la biblioteca un pabellón de correos y telégrafos—y otro de bomberos con agua y máquinas necesarias para apagar instantáneamente cualquiera incendio que se declarara.

Esto por lo que toca á anexos. Por lo que se refiere á la propia biblioteca, va á crearse una nueva sala, inmensa, para el público, con entrada por la *rue Vivienne*. Esta sala estará abierta de noche y la iluminación será eléctrica. Por el pronto sólo se podrán leer en ella las obras usuales y los libros y diccionarios de consulta hasta que esté instalada la luz eléctrica en las inmensas galerías donde están almacenados los tres millones de volúmenes raros ó especiales, que contiene la biblioteca. Estas galerías más adelante estarán alumbradas por un foco central, pero como no se explica de la manera que podrían leerse las menudísimas inscripciones de las numerosas ediciones en

16° que allí existen, gracias á la galantería de los autores de los planos y de los bibliotecarios que nos han facilitado pormenores, vamos á dar una ligera idea de ello al público. Los empleados tendrán á su disposición unas lámparas eléctricas manejables, de manera que mediante un movimiento giratorio en todos sentidos puedan dirigir un rayo de luz á la estantería que se necesite iluminar. Esto sería un gran beneficio para todos los que se dedican á los trabajos intelectuales, puesto que hoy la Biblioteca nacional, cerrándose á las 4 de la tarde, impide que en ella se hagan trabajos que necesitan por su naturaleza especial no ser abandonados hasta su conclusión;—sin contar á los que tienen ocupaciones en establecimientos editoriales ó tipográficos, los que han de imprimir libros, y vigilan sus ediciones, etc., etc.

Pudiendo disponer sólo de las horas de la noche, les estaba vedado poder consultar aquel inmenso archivo del saber humano sin desatender sus ocupaciones.

* *

Después del papel de tela, del de madera y del de paja, llegamos al de yerba. Un inglés ha descubierto el modo de hacer una pulpa con la yerba inútil, cuando está fresca, que da unas fibras largas, sedosas, flexibles y tenaces, con las cuales se produce un papel muy parecido al papel tela de los dibujantes de planos. Puede obtenerse indistintamente con dicha pasta papel para calcar, para planos, para dibujar, para imprimir ó para escribir, saliendo sumamente más barato y mejor que los actualmente en uso. Se ha calculado que cada hectárea de terreno, en la Europa central, puede proporcionar, con la yerba que no se aprovecha, 3,085 kilos de papel.

* *

Acaban de morir: el aventajado novelista Constant Gue-rault, á la edad de 68 años, y el director del conocido periódico *Galignani's Messenger* Mr. William Galignani, á los 85.

P. G.

NUESTROS GRABADOS

EL PINTOR DE IMAGENES, por J. R. Wehle

En el sentido estricto de la palabra, pintar es dar color á un objeto cualquiera, é imagen es el trabajo representativo de cualquier objeto. En este sentido diremos que ni nuestro pintor deja de ser pintor, ni las imágenes que pinta dejan de ser imágenes. Pero ¿qué imágenes y qué pintor y qué colores y qué taller!... Cualquiera diría al ver lo toscó del *artista* y de sus cachivaches, que el autor de ese cuadro, notable por la verdad de la figura del protagonista, se ha propuesto criticar delicadamente tantos y tantos adesios como por desgracia se exponen al culto en algunas iglesias y escaparates, cuyos administradores y devotos no dan pruebas de grande inteligencia, ni siquiera de religiosa escrupulosidad. Hay por esos mundos un enjambre de tallistas de munición que respetan los asuntos profanos, en lo cual obran como cuerdos; pero que la emprenden denodadamente con las imágenes sagradas, lo cual sobre revelar incomprensible osadía, les coloca en situación rayana á la impiedad. A tales escultores tales encarnadores, como se llaman los pintores de imágenes; y á tales *artistas* tales obras. Pues ¿no conciben esos tallistas de polichinelas y esos embadurnadores de palitroques que nada hay tan digno de respeto y tan difícil de ejecutar como la sublime expresión del Redentor ó de los héroes de su Iglesia, si el arte ha de expresar la agonía de un Dios ó las virtudes características de un santo?...

La *sans façon* con que nuestro pintor de imágenes desempeña su faena *pane lucrando*, demuestra que las obras salidas de su taller no lo serán para mayor gloria de lo divino ni de lo humano. Todo lo contrario le sucede á Wehle: la piedad tiene que agradecerle su fina crítica; el arte su hermoso cuadro.

LACTANCIA BAVARA, cuadro por Hans Herterich

Suplicamos á nuestros lectores que no se dejen impresionar por este cuadro hasta el punto de leer lactancia *bárbara* en lugar de lactancia bávara. Después de todo, el hermoso *bebé* no parece repugnar la cerveza que con verdadera fruición no exenta de orgullo nacional, le da á beber su honrado abuelo; ni la madre, por lo visto, se preocupa gran cosa de que su rollizo hijo empiece á habituarse á la bebida característica del país. Es, como si dijéramos, una lactancia patriótica. Todo buen bávaro ha de ser buen bebedor de cerveza. ¡Ay de aquel que se deniegue á apurar tantos *canets* como le brinde el padre de su novia!... Desde luego será declarado incapaz de hacer buen marido quien no resista una cuba de ese *delicioso* líquido producido por la feliz combinación de la cebada y el lúpulo...

Por supuesto que no fué bávaro el autor de aquel chiste á medias que aseguraba que la paciencia del Señor hubiera sido mucha menos en el árbol de la cruz, si le hubieran dado á beber cerveza en lugar de hiel y vinagre. Pero digamos en honor á la verdad, que ese neófito bebedor de semejante líquido no se inició seguramente en sus misterios bebiendo cerveza de Munich... De otro modo, hubiera hablado con más respeto de ese producto, á que debe Alemania más y mejores glorias que á las ar-

mas del baron Krupp y á la táctica del conde de Moltke. ¿Qué más diremos? Suprimase la cerveza y suprimáramos á Teniers, cuyos lienzos no comprenderíamos, y nos hubiéramos quedado sin el cuadro de Herterich, que es capaz de reconciliar con aquel artículo al más empedernido *anti-cervecista*.

PENA DE EXPOSICION, dibujo por A. Fabrés

Después que el amante de las bellas artes habrá felicitado mentalmente al joven autor de esa composición por el perfecto estudio de tipos, trajes y costumbres que revela y por el sabor oriental que imprime en esta clase de trabajos el distinguido pintor de *La muerte de una esclava*; de fijo dirá para sí mismo:

—¿Qué país es ese en que se aplican semejantes penas?...

Muy sencillo; ese es un país desdichado, en el cual impera la ley del fuerte, no templada por el espíritu del Evangelio; es un país refractario á los progresos de la civilización; es un país regido por una voluntad despótica que manda á los grandes, al par que una porción de despotillas locales mandan y oprimen á los pequeños; es un país en que todos saben manejar la espingarda mientras son contados los que saben manejar la pluma; es un país en que los fuertes viven de los despojos de los débiles y los débiles viven de lo que roban á los fuertes. Con semejantes elementos no hay para qué decir lo que será la administración de justicia en lo criminal. Las penas más bárbaras é infamantes se aplican caprichosamente, y confundiendo la manera de mejorar á los hombres con el modo de corregir á los perros, el palo manejado por el verdugo representa uno de los principales instrumentos en la ejecución de las sentencias. Al dolor físico se agrega luego la degradación moral, y de ello es ejemplo el penado de nuestro dibujo. Después de haberle administrado una soberbia paliza, se le ha sacado fuera de la cárcel, se le ha puesto en el cepo á un lado de la vía pública, y en una tabla colgada sobre su cabeza se expresa el delito que purga.

Los espectáculos de esta clase son harto comunes entre asiáticos y africanos: ellos bastan y sobran para dar una idea del atraso de tales pueblos.

UN ESTORNUDO INOPORTUNO, dibujo por R. Rossler

Un malhadado estornudo ha sorprendido al criado en el ejercicio de sus funciones, haciendo que, al brusco estremecimiento de su cuerpo, perdiera la copa el equilibrio y se vertiera su contenido donde menos falta hacía. ¡Lamentable, aunque involuntaria torpeza, la primera tal vez que el anciano servidor ha cometido durante sus largas campañas domésticas!

Es una figura de irreprochable dibujo, animada de tan natural expresión, que dan ganas de exclamar: ¡Jesus! al contemplar las facciones del criado contraídas por la violencia del inoportuno estornudo.

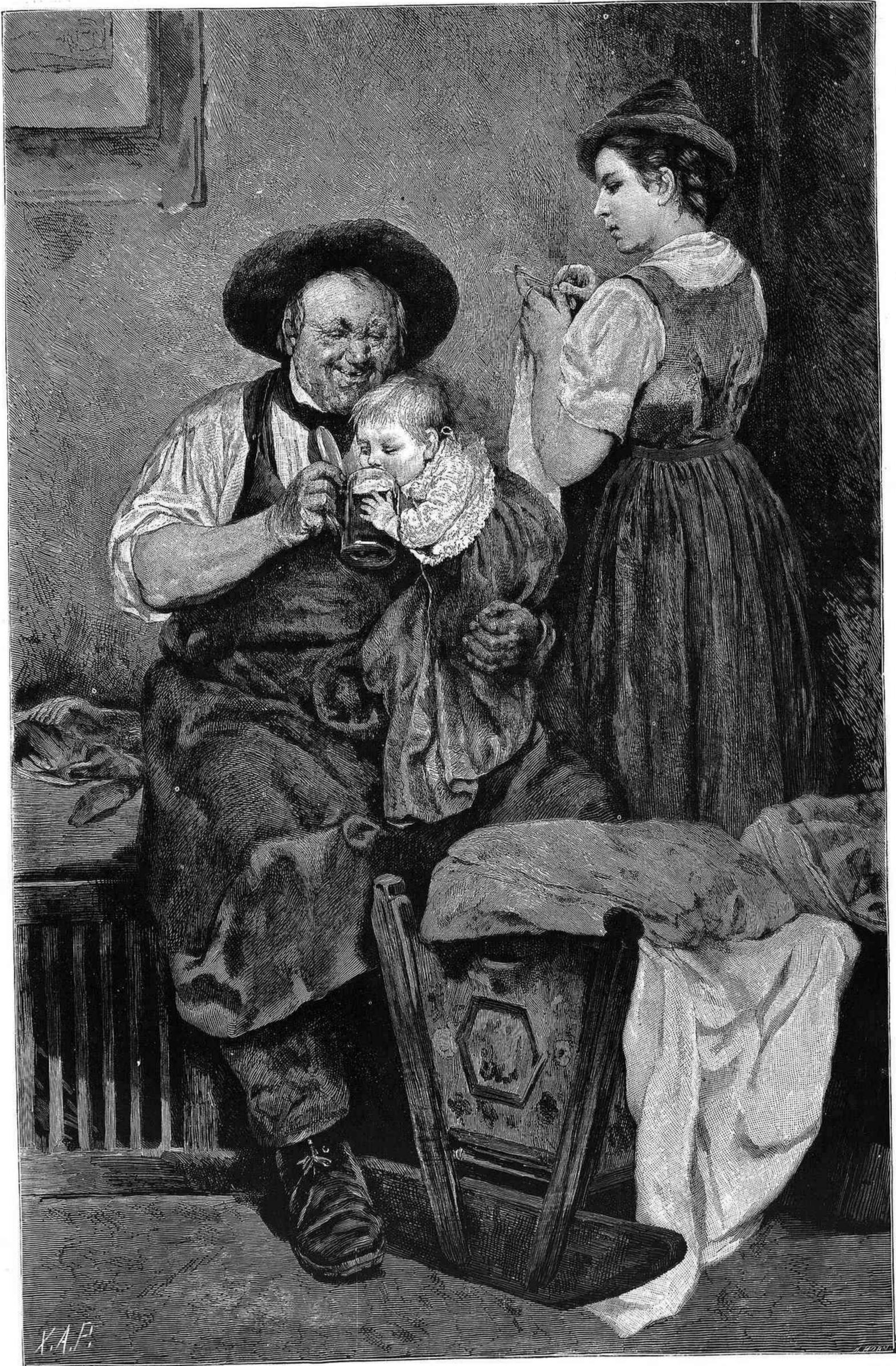
El emperador Carlos V en marcha para el monasterio de Yuste, cuadro por H. Schneider

Después de renunciar el célebre emperador en su hijo D. Felipe y en su hermano D. Fernando las coronas que ceñía, determinó acabar sus días en España, eligiendo para su residencia el monasterio de padres jerónimos de Yuste, sito en un fresco y ameno despoblado, regado de muchas aguas, á un cuarto de legua del lugar de Cuacos en la Vera de Plasencia. Con tal objeto, partiése de Flandes, donde á la sazón se hallaba, dirigiéndose por mar á Laredo y de aquí á Valladolid; siguió su marcha por Valdestillas, Medina del Campo, Horcajo de las Torres, Alazar y Tornavacas, y para franquear el áspero y fragoso puerto que separa este pueblo del de Jarandilla, fué conducido en hombros de labradores, porque á caballo no le permitían sus achaques caminar sin gran molestia, y en la litera no podía ir sin grave riesgo de que las acémilas se despeñasen; el mismo Luis Quijada, mayordomo de la princesa regente, que acompañaba al emperador, anduvo á pié á su lado las tres leguas que dura el mal camino.

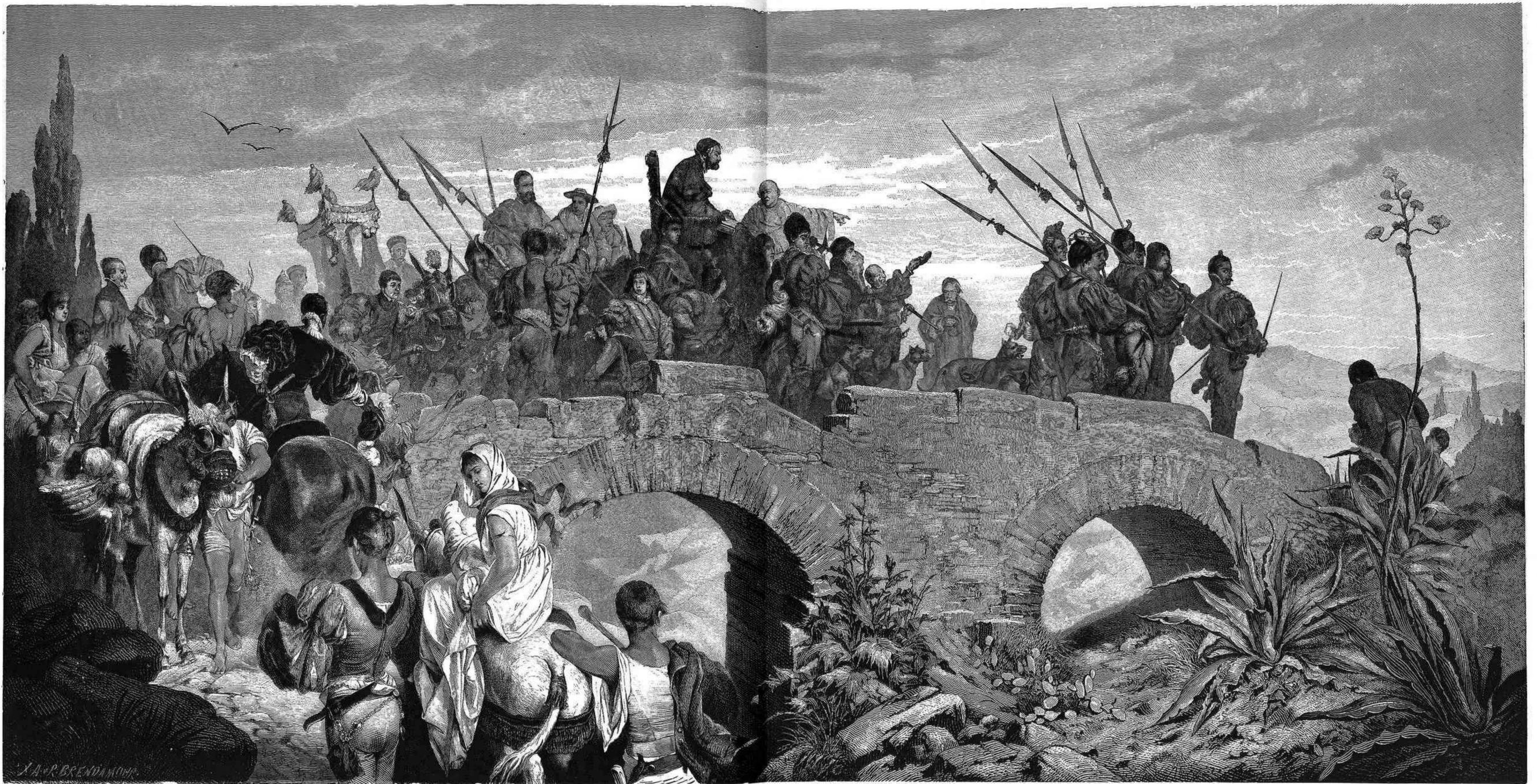
El artista ha representado en su lienzo el momento en que, viajando el César como acabamos de decir, se avista en lontananza el monasterio, que designa al monarca con el ademán un reverendo monje, probablemente el prior del mismo, salido á su encuentro. El asunto está tratado con inteligencia artística, las figuras discretamente agrupadas y el conjunto lleno de animación y movimiento.

MORAL DE LA HISTORIA

Las religiosas del Royal Lieu, cerca de Compiègne, fueron condenadas todas á muerte por el Tribunal Revolucionario de esta ciudad. Juntas fueron atadas á la fatal carreta y juntas entonaron con tranquilidad y afinación la *Salve Regina*. A cada cabeza que caía el coro se debilitaba de una voz, pero el canto continuó sin interrupción hasta que espiró en los labios de la abadesa, última que subió al patíbulo. La serenidad de esas religiosas ante la muerte y su dulzura en aquel horrible trance, impresionó de tal suerte al pueblo, que, como corrido, dejó de aplaudir en las ejecuciones y los ánimos tendieron á sentimientos más humanos, convencidos de que la guillotina cortaba una y mil cabezas, pero no mataba una sola creencia.

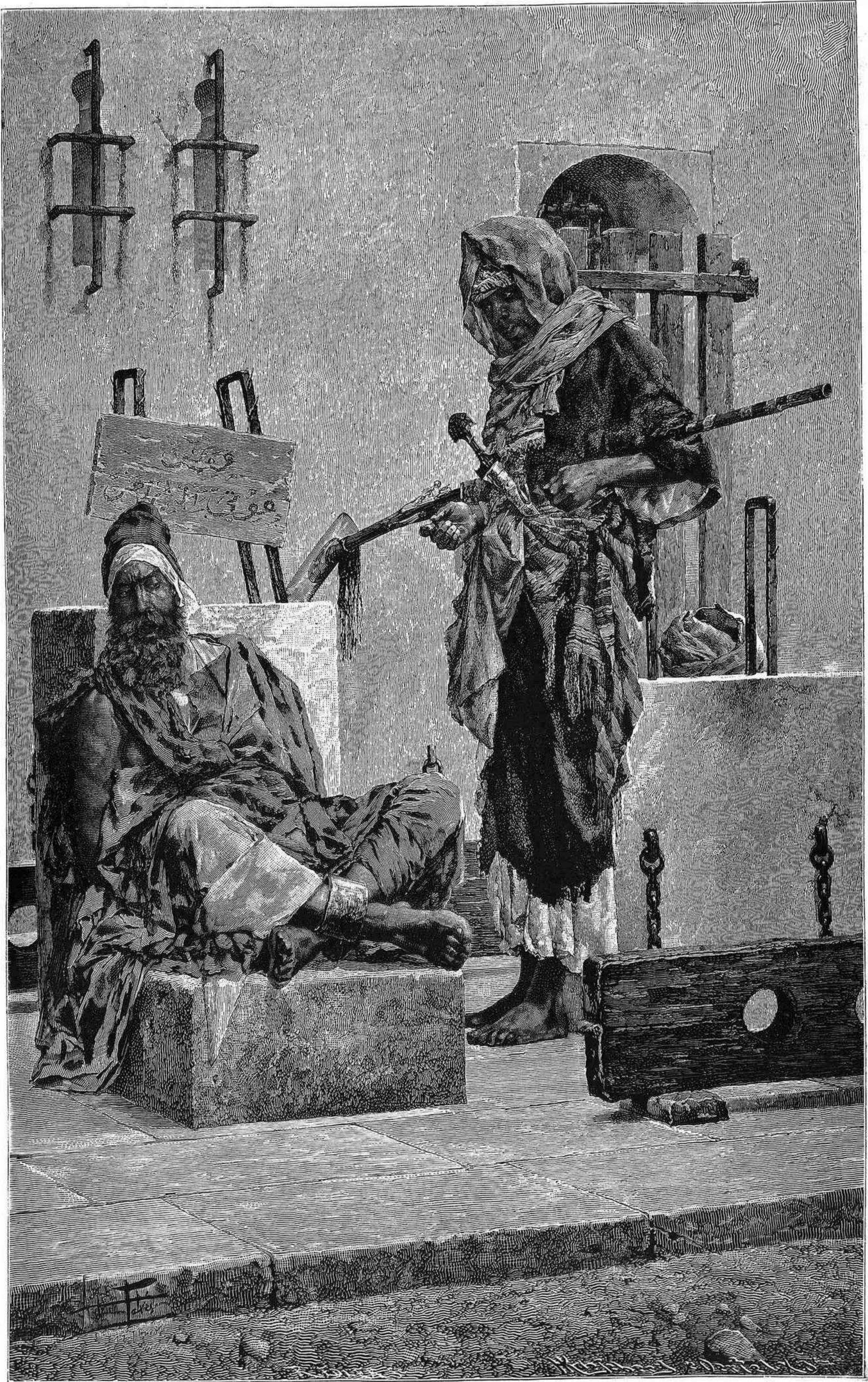


LACTANCIA BAVARA, cuadro por Hans Herterich



EL EMPERADOR CARLOS V EN MARCHA PARA EL MONASTERIO DE YUSTE,

CUADRO DE SCHNEIDER



PENA DE EXPOSICION, dibujo por A. Fabrés

ACADEMIA TAURINA

Pues todavía hay personas que niegan que la tauromaquia es un arte, no bella precisamente, ni bello, pero arte liberal, hasta cierto límite.

Si hubieran ustedes conocido al señor Roque, no conservarían esa opinión antitauromáquica, los que la tengan.

Era un verdadero héroe, un mártir del arte, al que había sacrificado porvenir y presente, talento, juventud y fortuna; de esto último en pequeña cantidad, porque el señor Roque no había logrado en su vida reunir capital superior á cinco duros en oro.

Recordaba haber visto en la casa paterna ó en un baul paterno «media onza de oro, con la fotografía de Carlos III conmemorando la fecha en que tomó la alternativa.»

Así lo aseguraba Roque.

Pero como los hombres y las familias y las casas solariegas y los capitales degeneran y vienen á ménos, nada de aquella grandeza conservaba el señor Roque, sino un retrato al óleo de su abuelo, vestido de corte, según el nieto; de corto, según cuantas personas le veían.

En objetos de arte taurino guardaba el diestro una colección muy rica.

Un fragmento de la primera muleta que usó el señor Romero, fundador de la escuela de Ronda, llamada por esto rondeña.

Estas explicaciones daba el señor Roque al mostrar los artículos que guardaba cuidadosamente en su museo del barrio de San Bernardo.

Una banderilla que clavó él mismo, en una corrida de funciones reales, en la plaza Mayor de Madrid.

Y así como lo decía estaba bien dicho, porque no la había clavado en el toro, sino en la arena de la plaza Mayor, turbado por el miedo, ó por la *jindama*, que es lo mismo en flamenco.

Las zapatillas con que toreó, al tomar posesión de Granada, D. Gonzalo de Córdoba.

Un cuerno de la res que alcanzó á doña Urraca en Zamora.

Una espuela de Currito Sevilla, uno de los primeros picadores de toros «en Europa y el Maestrazgo,» al decir del señor Roque.

La punta del estoque del señor Frasquito Montes.

Como se ve no había cosa completa en el Museo de Roque; pero, en cambio, todo era auténtico; y sobre cada objeto, colocados en una especie de estantería de pino, y colgados en clavos los que por su forma ó condiciones lo requirieran, se veía un letrado manuscrito y en ortografía taurina, sobre papel blanco, en el cual se leía la historia del artículo ú origen de él, con fechas y datos preciosos.

Por ejemplo: sobre un lienzo que parecía un cedazo, pintado al óleo, se veía el retrato de un torero, que, según la corrección del dibujo, lo mismo hubiera podido pasar por obispo; sobre el cuadro había un tarjetón en el que se leía:

«Auténtico retrato de Roque Miranda, por Velázquez.»

Sobre las zapatillas de Gonzalo de Córdoba:

«Del natural (1806).»

El Museo del señor Roque era famoso en Sevilla y no iba extranjero á visitar la ciudad que no procurase ver las instalaciones taurinas del museo del señor Roque.

Además tenía en su casa establecida academia de toreo, práctica y teórica, sucursal del Matadero.

Allí enseñaba los principios del arte ó el arte por principios, desde lancear á una res de capa hasta recibirla ó despacharla de un volapié.

Casi siempre estaba llena la academia de *revienta-chalecos*, que así le llamaban por su obesidad, ó *monteriya*, que era el mote más popular.

En las horas de cátedra no faltaba buen mozo ni guason de Sevilla, y algunos aprendices de buena fe, á la casa del señor Roque.

Aquello era para visto.

—Niños, decía, el capote se toma con los deos purgal é índice, asina.

Y tomando el capote se colocaba delante de los discípulos.

—Luégo se señala el viaje de la res, asina, vaciándola con limpieza y parando los pieses con serenidá, como yo.

Al decir esto lanceaba de capa á cualquier discípulo.

En seguida y cuando ya se hallaba entusiasmado decía:

—Vengan palmas de ahí, que soy el diestro más sereno que han conocido los presentes.

Y los discípulos aplaudían entusiasmados al maestro y hasta le tiraban *cosas* los guasones que iban de aficionados á la Academia.

Al fin de cada mes llevaba á exámen práctico á los *chicos* al Matadero, y escogía él mismo las reses que habían de torear sus discípulos.

—Ea, fulanito,—decía á uno,—esa vaca es para tí solo: abre el percal.

Si fulanito, escamado, desobedecía la voz del maestro, éste, indignado, le amonestaba diciendo:

—La primera condicion es la sangre torera; luégo el conocimiento de las reses y de la familia, y á lo último, saber librarse de una cornada: no me empieces por el final.

O bien gritaba al alumno que corría, perseguido por una becerra ó vaca:

—Déjate coger, niño, ó quiébrate por la derecha, pero sereno y fresco.

Excusado es decir que cuando él llegaba con el capote

para salvar á la víctima, ya no tenía más que hacer sino echarle el percal encima para que el muchacho pudiera levantarse y cubrir su cuerpo, cuando le desnudaba la res.

La teoría de banderillas era muy sencilla y comprensible, y la práctica muy fácil, según el señor Roque.

Entre los alumnos que asistían á sus aulas, no había uno que no parease de frente, cuarteando, al sesgo y de cualquier otra suerte, á una silla de paja de Vitoria ó á un jergon de puntas, que para las prácticas tenía el profesor en la academia.

Cuando pasaban á prácticas en el Matadero, les advertía el maestro:

—Ea, como si fuera en el jergon: duro y á la cabeza, que yo estoy aquí al quite.

Quien dice «aquí» dice en la tienda del montañés más próxima.

—Si tendré suerte—decía—que *otavia* no se me ha desgraciado ni un *aluzno*: es verdad, que aprenden á ley el arte fino y ceñido, y que cuando á ellos los alcance una res, ya estoy yo...

—En mi casa—murmuraba algun aficionado.

Algunos ingleses se presentaban en la casa de *Monterilla* para *deprenderle* la tauromaquia.

Entonces era cuando el señor Roque lucía toda su oratoria y su facilidad y su inteligencia taurina.

—No son *ostís* los primeros—decía—porque aquí han venido todos los *presonajes* de Sevilla y del extranjero y del moro, á *deprender pa* un por si acaso; pero por principios y gramaticalmente. Yo he enseñado el quiebro al príncipe de Gayos, que se me antoja que es paisano de *ostís*, y aquí han venido señoritas y *ladises* de Inglaterra á puñados.

Pero llegó un día infausto para la tauromaquia de Sevilla y del mundo entero.

Proyectaron algunos jóvenes una corrida de toretes á beneficio de uno de los asilos de la Caridad, y para formar la cuadrilla, dirigir la lidia y matar dos becerros pensaron en *Monterilla*.

—Yo no toreo hace mucho tiempo y no quiero echarme otra vez á la vida pública, para no hacer mal tercio á nadie,—respondió el señor Roque cuando le hablaron.

Pero los *guasones de los niños*, como él decía, se empeñaron en que había de volver á la vida activa, y no fué obstáculo que replicase que no tenía vestido de luces para salir como correspondía á un matador de su clase.

—Traje te daremos nosotros y capote y montera, de lujo todo.

—Y de *guita*? digo, de *parneses*, ¿cómo quedamos?

—Pues bien, hombre: ¿qué quieres ganar?

—¡Yo! lo que gane el Lagartijo ó el Frascuelo.

—¿Y no quieres algun beneficio?

—No señor.

—Ya te contentarás con mil reales en una pieza, y puedes comprar una finca para establecer en grande la academia.

Como la diferencia no era más que de doce ó trece mil reales, se arregló el contrato y *Monterilla* recibió un préstamo de cinco duros, y el vestido prestado, que era verde mar, pero revuelto, con *gorpes* de oro, pero antiguo, auténtico, así como los objetos del museo del señor Roque.

Llegó la hora de la corrida: la plaza de Sevilla estaba cuajada de *criaturas*.

Aquella plaza de toros, la más alegre de España, que en tarde de corrida ofrece un conjunto de luz, colores, aromas y armonías que vuelve loco á cualquier extranjero.

Las voces de cien vendedores que pregonan agua con hielos, naranjas, camarones y bocas de la isla, confundiendo con ese rumor producido por una muchedumbre alegre y bulliciosa, marean y al mismo tiempo dejan en el oído el recuerdo que una voz de mujer que entona unas malagueñas, sentada junto á la puerta de un cortijo, en una de esas noches de verano, que siendo noches en Andalucía, por días hermosos y serenos pudieran pasar en otras localidades.

La corrida empezó.

El primer cornúpeto era berrendo en negro, de buena estampa, armado como para un día de fiesta, de pocas libras y boyante.

Salió con *muchos pieses* y el público pidió que el señor Roque se los *parase* con algunos lances de capa.

—Vaya por la de *ostés*.—dijo el diestro;—digan *ostés* á mi señora, si no he vuelto á la noche, que estoy en el *simenterio* cantando la última *soled*.

Abrió el capote el señor Roque y se aproximó á la fiara, así como á cincuenta pasos de distancia.

No era muy temeraria la aproximación; pero como parecía que el toro, ó el becerro, mejor dicho, estaba también en el complot, dejando á los lidiadores que veía más cerca, se arrancó en dirección de Roque, quien sin aguardar á razones soltó el trapo y salió corriendo en dirección de la barrera, gritando:

—¡Marecita del Rocío! ¡que me come!

El público celebró primeramente con carcajadas la fuga de *Monterilla*: luégo le obsequió con una silba mayúscula: algunos concurrentes le arrojaron comestibles.

—Aquí ya no hay aficionados, ni inteligencia, ni andaluces siquiera—repetía el señor Roque entre barreras.—A mí patearme! ¡á mí, que soy el único torero clásico que nos queda! ¡Y sin ver lo que trae ese animal en la

cabeza, que es el toro de más cuidado y sentido que ha pasado por la puerta del chiquero!

Sin embargo, la silba continuaba.

—Que parece Roque!

—Que banderillee *Monterilla*!

A estas peticiones correspondió el señor Roque tomando un par de banderillas, cuando el presidente hizo la señal, y saliendo á la carrera, se las clavó al becerro en los alrededores de la cola.

El segundo par se le colgó á un alguacil, que se echó al ruedo porque la fiera se había metido en el callejón: le vió caer *Monterilla* y aplicó el par de rehiletos al dependiente de la autoridad, creyéndole el berrendo.

Aquella equivocación tan natural y disculpable, como el diestro decía, provocó una tormenta.

Llovian las naranjas y el presidente dispuso que llevaran preso al señor Roque.

—¡A mí!—exclamaba—al único torero que queda de la escuela de Ronda!

Aquella corrida fué la causa de su ruina, porque se quedó sin un discípulo, y gracias á que los *guasones* que le metieron en la empresa, no le dejaban morir de hambre.

—Pero miste—nos decía cuando le conocimos en Sevilla,—hasta mi esposa, que ha sido siempre un modelo consular ó conyugal ó como le digan, y aficionada de veras á la tauromaquia se entiende, en cuanto me vido de llegar á casa me arrojó diciéndome:

—Anda ya, desvergonzado, y vete á *banderiyear* menestriles.

EDUARDO DE PALACIO

JUAN CIGARRON

(Cuento de magia blanca)

(Conclusion)

Dejó ir al mozo, y dió gracias á la Providencia por aquel inesperado auxilio.

—Al ménos, devolviendo un diamante de los tres, podré esperar que me dejen la vida; y aunque me confisquen los bienes ¡qué remedio! trabajaré para vivir y mantener á mi pobre hermana.

Meditabundo y triste todavía, vió entrar el día siguiente al segundo mozo, que ya instruido del lance, sólo esperó para repetir, según costumbre, la operación del compañero, á que el Sr. Juan, dirigiéndose á una efigie de San Antonio Abad, pronunciase inspirado:

—¡San Anton!

De los tres he visto ya dos.

Lo que si no era verso, era verdad.

—¡Calle! ¡Con que los mozos de comedor de Su Majestad son por lo visto los autores del robo, reflexionó ya más tranquilo nuestro protagonista. Pues ¡vive Dios! que el tercer ladrón ha de serlo por fuerza el que mañana me sirva la comida.

El mozo más joven había oído la historia de sus compañeros y les había dicho:

—Sois unos necios y el miedo os ha perdido. Ya vereis cómo yo no me entrego de ese modo. Conservaré mi diamante, lo venderé á buen precio en el extranjero y me reiré lindamente de vosotros.

Resuelto y decidido entró á servir la comida del preso al día siguiente.

Pero este, apenas le vió entrar, dirigióle una mirada todo lo terrible que cabía en su pacífico temperamento, y gritó dirigiéndose á un San Andrés de talla:

—No hay duda, San Andrés,

Ya he visto los tres.

A cuya exclamación, ya que no verso, sintió el mancebo flaquear su resolución y sus piernas; cayó de hinojos ante el supuesto zahorí y entregó el tercer diamante con idéntica súplica que sus compañeros respecto á que no le delatase.

—¡Loado sea Dios! exclamó el Sr. Juan, dirigiéndose al cielo, que me ha protegido en este trance. Réstame salvar la existencia de esos infelices, y espero que el rey, satisfecho por la aparición de sus diamantes, me permitirá callar los medios con que los he recuperado. Ahora ¿quién arrancará de mis contemporáneos la creencia de que soy realmente zahorí?

VIII

Solemne, gravemente solemne é imponente era el aspecto que presentaba la corte de su rabiosa majestad al día siguiente de la última escena que acabamos de bosquejar.

En el salón más vasto de la residencia real había organizado algo como sala del trono.

Allá, en el fondo, bajo un dosel decente, se divisaba al rey en pié ante una silla, con la corona echada á un lado, empuñando el cetro más voluminoso de cuantos poseía (y era dueño de una curiosa colección) y soportando sobre sus hombros, no

obstante un calor canicular, el peso de un manto de armiño á propósito para derrengar á cualquier monarca ménos robusto.

A su izquierda asentábase la reina consorte, y en su alrededor pululaba una lechigada de infantitas y principitos, para cuya manutencion apénas si bastaba con el producto de las tres ó cuatro confiscaciones diarias que tenían lugar en aquella nacion feliz.

Ocupaban los más próximos puestos el gran canciller y los otros más pequeños; luégo, los altos funcionarios, la nobleza, el estado mayor general, el alto clero, todos en vistosa confusion, pues Su Majestad era enemigo de preferencias.

Ultimamente, en un ángulo oscuro, de pié, bajo un dosel negro, vestido de negro y con negra careta, y un hacha en la mano, se hallaba un personaje indispensable al rey, y que en toda solemnidad le acompañaba: era el verdugo.

Aislado, en el centro del salon, se veia al Mayor Asno, pálido como un difunto, triste como un cementerio, con la cabeza baja y convertido en el blanco de todas las miradas.

Habla el rey:

—Señores: harto sabeis todos el disgusto que nuestra real persona experimenta con motivo de la pérdida de los tres mejores diamantes de nuestra corona. Ahora bien, este hidalgo (señalando al Mayor Asno) nos ha traído un hombre de quien afirma que posee el raro don de adivinar el paradero de las cosas perdidas. Si el hecho resulta cierto, acreedor se ha hecho el hidalgo á nuestra real amistad y proteccion; pero si, lo que no espero, hubiese pretendido abusar de nuestra credulidad con una indigna farsa, ha de sufrir el castigo de que por su atrevimiento sea digno.

El monarca miró en derredor con inflamados ojos.

Todos bajaron la cabeza.

—Que pase el zahorí, articuló S. M.

Todas las miradas se volvieron á una puerta lateral, por donde penetró nuestro héroe entre dos guardias de corps.

Juan Cigarron se adelantó hasta llegar al monarca, hincó una rodilla en tierra y permaneció mirando al suelo hasta que S. M. le dijo imperiosa y brevemente:

—Levántate y habla.

Toda la corte estaba suspensa de los labios de Cigarron.

Este, con gran presencia de ánimo y voz entera, habló en los siguientes términos:

—Señor: no á malas artes, ni á diabólicos pactos, sino á liberalidad de la Providencia debí el raro don de averiguar el paradero de las cosas perdidas. El cielo, pues, que manifestamente me protege, ha dispuesto que en la misma habitacion donde fuí incomunicado, tropezase con los diamantes extraviados, que ahora tengo la alta honra de depositar á las reales plantas de V. M.

Como efectivamente lo hizo.

La admiracion de todos no pudo compararse sino á la satisfaccion del rey.

Poco faltó para que, dando al traste con la etiqueta, hubiese tirado manto y cetro, y dado un par de brincos del suelo á la silla.

Súbito una idea detuvo su acceso de alegría.

—Los diamantes aquí están, es cierto, dijo; pero ¿cómo ó por quién fueron arrancados de mi corona?

—No alcanzan mis facultades á saber tanto, señor; á mí me basta con averiguar el paradero de los objetos perdidos, y puedo jurar sobre los cuatro Evangelios, que para hallar esos, no he salido de la habitacion que me fué destinada por V. M.

El rey se dió por satisfecho con esta declaracion, dió públicamente gracias al Mayor Asno, quien desde entónces perjuraba por todas partes que habia nacido segunda vez en aquella ocasion, despidió la corte, y ordenó que se retuviera un día más en palacio al zahorí para darle cumplidas muestras de sus reales munificencia y bondad.

IX

De buena gana hubiera renunciado Juan Cigarron á ser objeto de semejantes muestras sin el temor de volver á exponer su cabeza, salvada casi por un milagro, á la rabia de S. M.

Dispusieronse mil agasajos por honrarle; aquel día comió en la mesa real donde con su discrecion y buen sentido, cualidades que no abundaban mucho en aquella corte, dejó encantados á cuantos le oyeron.

Por la noche hubo fuegos artificiales en el patio de palacio, funcion de teatro improvisada, cucaña en la plaza pública, y por último, como fin y remate digno á los festejos, dispúose una cacería para

el día siguiente, en la que Juan Cigarron tendria el honor de ir al lado de las infantitas, velando por ellas como práctico que era en el monte.

Inútil es añadir que su cabeza respondia de la más pequeña negligencia en el desempeño de su comision.

Así se lo previnieron para hacerle comprender cuánto le importaba el ser cuidadoso.

El pobre de Juan Cigarron no pedia ya cosa mejor á Dios que el abandonar cuanto ántes una corte tan peligrosa.

Sonó el momento de la partida, caminaron, llegaron al monte, y allí, Cigarron fué el héroe verdadero de la fiesta.

No sólo eligió los sitios más cómodos, amenos y exentos de riesgo para el solaz de la familia real, sino que tuvo la ventura de herir cuatro magníficas piezas, lo que aumentó, si cabia, el aprecio que ya le profesaba el rey, monarca de quien aseguran las crónicas, que tenia en más á un cazador que á los siete sabios de Grecia.

Pero apresuremos el desenlace que ya lo necesitara el lector.

Cigarron veia aproximarse el fin de la cacería con una fruicion extraordinaria.

—Dentro de algunas horas, pensaba, estaré de vuelta en mi casa, junto á mi hermana.

—Y con cabeza, agregaba moviendo el cuello con cierta soltura.

Casi le parecia increíble.

Dieron órden de retirarse; Juan Cigarron se llegó al rey, dióle respetuosamente las gracias por sus muchas bondades, y pidióle licencia para volverse á su hogar.

—Tentado estaba de no concedértela, dijo Su Majestad; tanto me ha hechizado tu trato, y tan oportunos me han sido tus servicios.

—Señor, contestó Juan, no pediria yo otra cosa á V. M. que acabar mis días á su lado, si no tuviese atenciones sagradas que llenar en mi pueblo, pero allí me aguarda una hermana única y anciana, y fuérame el volver á su lado para asistirle como debo y cual ella se merece.

—Nada te diré siendo así, pero sabe que no te olvido, y que tendré gran placer en ser te útil cuando te importe.

Nuestro héroe se inclinó profundamente é iba á retirarse cuando vió venir á él apresuradamente á una de las infantitas ocultando un objeto dentro del puño y gritando con infantil alegría:

—Cigarron, le diré á papá que te corte la cabeza si no adivinas lo que traigo aquí, y mostraba el puño.

Cigarron miró al cielo, se consideró nuevamente decapitado, y recurriendo á la poesía, como acostumbra hacer en las ocasiones solemnes, exclamó:

—¡Ay! Lo que es esta vez

El pobre Cigarron cayó en la red.

—¡Pícaro, que lo acertó! dijo la infantita riendo y dejando escapar un saltamontes que habia cogido.

Todos celebraron grandemente la oportunidad, y nuestro héroe echó á correr sin volver la cara atrás, apénas hubo perdido de vista la real familia.

EPÍLOGO

La familia real marchó al cabo de algunos días, sencillamente tras haber dejado limpio el cazadero. ¡Quién se hubiera atrevido á murmurar por ello!

El mayorazgo fué agraciado en atencion á sus servicios y á su aficion al ganado caballar con el título de baron del Real Pesebre, que aún conservan sus sucesores.

La hermana, como tambien los compadres de Juan Cigarron, tuvieron una satisfaccion extrema volviendo á verlo sano y salvo.

Ultimamente nuestro protagonista obtuvo del rey la pension anual de dos mil ducados, amén de tres magníficos regalos que con el producto de tres sisas especiales, le hicieron los tres mozos, cuyo delito nadie sospechó jamás.

Todos concluyeron felizmente los días de su vida, y yo fuí, y vine, y no me dieron nada.

CASTO VILAR Y GARCÍA.

CRONICA CIENTIFICA

DISTANCIAS CELESTES.

I

Se habla mucho, de algunos meses acá, en los círculos científicos, del próximo paso de Vénus por delante del sol, y cuando este artículo vea la luz pública, ya el clásico planeta habrá cruzado como negro punto el luminoso disco á lo largo de una de sus cuerdas.

Y preguntaria la curiosidad pública, si pudiera ocuparse de estas materias y no absorbiesen su atencion como es natural y justo, tal crisis política, tal proceso célebre, ó tal espectáculo con verdores de primavera, ¿por qué se concede tamaña importancia á hecho tan insignificante? ¿qué importa para el mundo que una sombra recorra una superficie de luz allá en los espacios? ¿qué ventajas se obtienen por la observacion de fenómeno tan poco vistoso, que si no fuera por el clamoreo de los sabios y por el dinero que piden para sus expediciones y aparatos, nadie lo percibiria, ni excitaria tampoco el interés de nadie? ¿qué gran problema pende de que estén en fila por algunos minutos la tierra, vénus y el sol? ¿qué vamos á ganar, ó qué vamos á saber, ó qué vamos á sentir cuando el disco del planeta se nos ponga delante del astro del día, como pequeña pantalla, é intercepte algunos de sus rayos?

Contestar á todas estas preguntas, y satisfacer todas estas curiosidades, preguntas que tal vez nadie formula, y curiosidades que quizá nadie experimenta más que el autor de estas líneas, al ménos en el círculo á que se dirige, nos obligarian casi á escribir un libro; y acortando tales ímpetus por irrealizables é inoportunos, habremos de limitarnos á decir, que el paso de Vénus sirve entre otras cosas para determinar exactamente la paralaje del sol. Con lo cual no faltará quien opine, que ponerse en movimiento tantos sabios, emprender tan largos viajes, y gastar tantos millones para determinar paralajes, siquiera sea el de un astro de tamaña cuantía, es capricho singular con adornos y ribetes de extravagancia; porque despues de todo ¿qué es eso que se llama paralaje?

Pues una paralaje es un ángulo: y sin que traslademos nuestro domicilio al Escorial, sin que el rey católico Don Felipe II recobre nueva vida, para gozo y provecho de sus aficionados, y sin que un pedante cualquiera formule severa crítica sobre el admirable monumento, no faltará quien pregunte ¿y qué es un ángulo?

El rey Don Felipe aseguró, en la ocasion á que nos referimos, que ángulo era *hablar de lo que no se entiende*, y ojalá que en todo hubiese acertado el sombrío monarca como acertó en esta profunda definicion. Pero con todo y sin negar, ni su exactitud, ni sus excelencias, bueno será dar otra para el caso que nos ocupa.

Imagínese el lector una planicie igual y libre en todas direcciones: en el centro establezcamos un punto fijo y por él supongamos que se trazan dos rectas materializadas de cualquier modo: por dos filas de carriles como los de una vía ferrea, por dos cuerdas ó alambres tendidos como los del telégrafo, ó en forma más sutil é inmaterial por dos visuales, ó por decirlo así, por dos punterías de un anteojo. Pues estas dos líneas, materiales ó ideales, prolongadas además indefinidamente, constituyen una figura abierta á que se llama *ángulo*. Concepto geométrico que todo el mundo comprende y posee, y con el que aun se construyen buen número de frases. *Ángulo agudo*, se dice, cuando las dos líneas están muy próximas al principio: *ángulo obtuso*, cuando el ángulo se abre y ensancha; y hasta se emplean ambas denominaciones en sentido abstracto y con aplicacion metafórica á otro género de hechos, cuando se habla de lo *agudo* y de lo *obtusos* en el órden moral.

Pues supongamos, que en esa planicie á que ántes nos referimos, y alrededor de ese punto central que fijamos, se trazan, como rayos de una rueda, una serie de líneas indefinidamente prolongadas, formando ángulos iguales dos á dos, es decir, distribuidas con uniformidad, ó si se quiere, dirigidas á todos los puntos del horizonte que dividan en partes iguales la circunferencia aparente que lo termina.

En primer lugar tracemos 360 líneas: cada dos formarán un ángulo, que se llama *un grado*, y en lenguaje vulgar podemos decir que es ya bastante pequeño.

Pues sigamos la operacion comenzada y dividamos cada ángulo de un grado en 60 partes ó ángulos iguales, para lo cual necesitaremos trazar entre las dos líneas de cada grado otras cincuenta y nueve más. Cada ángulo parcial, de los que se obtienen de este modo, se llama ángulo de un minuto, y si dijimos que era pequeño el de un grado, no hay que decir si estos nuevos ángulos lo serán.

Continuemos aún subdividiendo ángulos, y de los de un minuto hagamos 60 partes más, trazando las líneas necesarias, con lo que obtendremos ángulos de *un segundo*; tales que para materializarlos se necesita acudir á movimientos infinitamente pequeños de las más delicadas piezas, á medios por todo extremo sutiles, á procedimientos de inconcebible perfeccion; y ángulos, repetimos, cuyos lados son, no objetos groseros y toscos como al principio decíamos, no barras de hierro, ni alambres, ni siquiera líneas trazadas en un tablero, sino visuales que un anteojo giratorio determina en el espacio, y que allá se prolongan por las regiones celestes buscando planetas, soles y nebulosas.

Pero aún no se contentan los astrónomos con imaginar trazados alrededor de un centro, el de su observatorio, 360 ángulos de *un grado* y otras tantas líneas: $360 \times 60 = 21.600$ ángulos de *un minuto*: $21.600 \times 60 = 1.296.000$ ángulos de *un segundo*: todavia dividen, abandonando ya el sistema sexagesimal, cada ángulo de *un segundo* en 10 partes iguales, con lo que resultan *décimas de segundo* y más de diez millones de ángulos alrededor de cada centro. Red espesísima de líneas radiales entre cuyas mallas caen, allá por los profundos espacios, estrellas, planetas, soles, nebulosas, vapores y cometas; todo un enjambre de seres que vuelan por el éter como moscones inmensos con velocidades vertiginosas y tranqui-

lidad perfecta, bien ajenos de que centenares de astrónomos, cada cual como araña en el centro de su tela, les espian, acechan y cazan.

Y valga la comparación, á pesar de lo humilde y de lo extraña; porque es lo cierto que si pudiéramos materializar en las regiones celestes todas las visuales que los astrónomos dirigen desde sus observatorios á los cuerpos que pueblan la extensión, veríamos una inmensa red con varios centros, y en cada uno de ellos agazapado un sabio de ancha frente y aspecto respetable.

Tenemos, pues, en cada plano que se imagine, y sea cual fuere la posición que le demos, trazadas virtualmente, y pudiendo ser materializadas en cualquier instante por un anteojo, más de diez millones de líneas y otros tantos ángulos con el valor de una décima de segundo; pero si aún se quisiese mayor exactitud, todavía pudiéramos dividir en otras diez partes cada uno de estos ángulos mínimos, con lo que resultarían centésimas de segundo. Y basta ya de divisiones y subdivisiones, que si no tienen límite para la imaginación, límite y límite insuperable encuentran en los medios prácticos de ejecución material.

Decíamos que el paso de Vénus por delante del sol sirve para determinar un ángulo especialísimo á que se da el nombre de *paralaje*.

Y no es que ese ángulo no esté ya determinado, sino que no lo está con bastante exactitud. Se sabe que es superior á 8",8 é inferior á 8",9; es decir, que es un ángulo de ocho segundos, con ocho décimas de segundo y algunas centésimas; y este es el problema: afinar, por decirlo así, el valor de este ángulo en esas centésimas que faltan, determinar en suma ángulos de tal grado de pequeñez, que de ellos hay más de cien millones en una circunferencia.

Pero continuemos preguntando ¿qué es la paralaje solar y para qué sirve? que por sólo el placer de determinar un ángulo no se gastan millones, ni se ponen en movimiento personas respetabilísimas, ni se agitan las academias, á ménos que ese ángulo no tenga alguna virtud extraña, alguna excepcional importancia, ó no nos traiga alguna estupenda revelación.

Todo esto pudiera ser y todo esto lo veremos en el artículo próximo.

JOSÉ ECHEGARAY.

NOTICIAS VARIAS

BAILARINAS ELÉCTRICAS.—La luz eléctrica, después de brillar en los salones y en los escenarios de los teatros, se introduce hoy entre los accesorios, y no sin buen éxito. En una nueva pieza representada en el Teatro de Saboya, en Londres, ha producido un gran efecto bajo la forma de resplandecientes estrellas, que adornaban la cabeza de las bailarinas. En París se había hecho ya algo por el estilo hace dos años, en el teatro del Chatelet: empleáronse para ello las bujías Jablochkoff, puestas en globos colocados sobre las cabezas de las figurantas, pero estas bujías se comunicaban con la máquina por conductores relativamente gruesos, difíciles de ocultar, y cuya escasa flexibilidad no permitía mucho movimiento. En el teatro de Saboya se han suprimido los conductores; el foco resplandeciente que cada bailarina lleva en el cabello ó en el pecho es una pequeña lámpara incandescente de Swan, alimentada por tres pequeños acumuladores Planté de un modelo particular, y que se suspenden en la espalda de la bailarina, ocultándose con un traje apropiado.

Los tres acumuladores no llegan á pesar juntos 2 kiló-

gramos; los recipientes son de ebonita (cautchuc endurecido) y están cuidadosamente tapados mientras se emplean para impedir toda proyección de ácido. Las lámparas Swan, construidas especialmente para esta aplicación, sólo miden 15 milímetros de diámetro y pueden dar hasta seis mecheros. Este resultado se obtiene gracias á la tenuidad del filamento, que se inflama hasta el blanco deslumbrador. No se trata de producir un foco de larga duración, y si sólo un aparato de efecto que funcione algunos minutos con el menor peso posible. El de 2 kilogramos no es, sin embargo, el límite extremo como ligereza, pues M. Swan construye lámparas que funcionan con dos acumuladores tan sólo, y hace pruebas para obtener otros que no exijan sino uno.

Los acumuladores, cuyo servicio ha de durar sólo algunos minutos, deben descargarse muy rápidamente, lo cual se obtiene disminuyendo mucho su resistencia interior.

Un pequeño conmutador dispuesto sobre la caja, permite no encender las lámparas hasta el momento apetecido, con lo cual se economiza la carga, pudiéndose producir algunos efectos curiosos.

Hé aquí un nuevo recurso puesto á disposición del arte escénico, y que seguramente no tardarán en utilizar los maquinistas.



UN ESTORNUDO INOPORTUNO, dibujo por R. Rossler

LA ESPUMA DE MAR.—El principal yacimiento del mineral llamado *espuma de mar*, compuesto de hidrosilicato de magnesia, que contiene cierta cantidad de agua higroscópica, está en el Asia Menor, en la inmediación de la ciudad de Eski Scheir, donde se explotaba ya antes de la constitución del imperio otomano. Los alrededores de esta localidad forman un valle oblongo, probablemente el lecho de un gran lago que se ha secado, pues la espuma de mar, mezclada con grava muy gruesa, se ha depositado en todo el perímetro contra rocas compactas y tierra rojiza. Las capas, apoyadas contra la montaña, tienen una inclinación media de 45 grados; entre dos lechos de cantos rodados, á veces interrumpidos por una capa de tierra, encuéntrase siempre otra de espuma de mar.

Muchas veces se halla esta materia en forma de betún, cubriendo grandes guijarros. Cuando está en bruto es húmeda, y antes de exportarla se debe desembarazar de la costra de tierra que la circuye; después de secarla se pulimenta y refina.

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

Hemos dicho en otro número que el gobierno de los Estados Unidos ha dirigido una circular á todos los de las naciones europeas, manifestando que ha resuelto tomar la iniciativa en la adopción de las medidas propias para establecer un meridiano internacional común. Esto ha sido motivado por el entorpecimiento que ocasiona al comercio, sobre todo desde que han tomado tan inmenso desarrollo los caminos de hierro y la navegación por vapor, la falta de uniformidad en la anotación de las longitudes. Varias sociedades sabias han emitido ya su voto en favor del meridiano común, muy necesario sobre todo para los Estados Unidos, que son los que tienen el territorio más extenso en longitud.

* *

NUEVA EXPLORACION ARGENTINA.—Según escriben de Buenos Aires, el vapor *Santa Cruz* hace sus últimos preparativos para emprender una expedición á los territorios del Sur. El coronel Hunter Davidson lo había intentado ya, pero inútilmente, pues el frío le obligó á volver sin haber obtenido ningun resultado. El *Santa Cruz* se hará á la mar el 30 de noviembre, y espérase que la estación favorecerá su tentativa. Este buque debe dirigirse primeramente á Chubut, desde donde marchará á la Bahía de los Desvelos, para explorar costas poco conocidas. En febrero comenzará á remontar el río Deseado. La expedición, mandada por el capitán Villarino, se compone de varios guardias marinas y diez tripulantes.

* *

EL ISTMO DE KRAU.—Los diarios de Siam, de Java y otros continúan discutiendo sobre el proyecto del canal de Krau; el que se publica en Batavia emite la opinión de que las Indias neerlandesas están muy interesadas en el asunto, y que si se realiza el plan deben estar representadas en la Comisión internacional cuya formación se propone.

Parece haberse descuidado un punto importante, y es que nunca se ha practicado una exploración conveniente por la parte occidental desde el Birman hasta Penang; de modo que en las cartas geográficas sólo se indican islas y peligros, según los cálculos inseguros de viajeros que hicieron algunas observaciones.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria